

Colon gozaba con la candidez de aquellos séres que revelaban la infantil alegría de los niños.

Agradecidos los obsequiados indios de los presentes recibidos, y apreciando los objetos como dádiva sagrada de séres celestiales, trataron de corresponder á la generosa franqueza de sus huéspedes con los regalos que imaginaron mas gratos á los ojos de los que juzgaban mensajes de los dioses. Pero regalos de muy poco valor podian presentar los habitantes de una isla inculta, donde los metales eran desconocidos, donde la agricultura no habia dado aun ni el primer paso para hacer fructífera la tierra. No dudando que las aves de bello plumaje les serian altamente agradables, les presentaron hermosos loros domesticados, de diversos colores y tamaños, cuya vista habian notado que llamó la atencion de los españoles al hacer el desembarco. Como objeto de no menos estima, les regalaron tambien grandes ovillos de hilo de algodón, planta en que abundaba la isla, y única que cultivaban.

La índole de aquellos indios era dulce, suave, excelente; su sencillez excedia los límites de lo concebible, y su bondad y su confianza disponia el ánimo en favor de ellos.

No se presentó á la vista de los españoles guerrero ninguno en actitud hostil, como dispuesto á defender el suelo de la patria, lo que argüia, en su concepto, el dócil y benévolo carácter de sus habitantes. Las armas únicas que usaban, se reducian á un palo largo, en forma de bastón, una de cuyas puntas endurecian al fuego, ó colocaban en ella alguna gruesa espina de pescado ó un agudo pedernal. El hierro, el acero y el cobre, eran metales enteramente desconocidos para ellos; y si cierto es que de los dos pri-

meros no podian utilizar las ventajas que presentaban al hombre civilizado, tambien lo es que no contaban la desgracia de emplearlo en instrumentos de destruccion de la especie humana y en armas cortantes fratricidas.

Colon contemplaba el paisaje que se descorria á su vista con un placer sin límites, como la realizacion de un sueño delicioso. A sus ojos se presentaban los árboles, las yerbas, las aves, los arroyos y hasta las mismas piedras que pisaba, vestidas de un colorido maravilloso y encantador. Para él no habia desplegado el Paraíso ambiente mas regalado, atmósfera mas blanda, cielo mas puro ni mas benigno clima, que el ambiente, la atmósfera, el clima y el cielo de la tierra por él descubierta.

Soñaba, por decirlo así, despierto, y todo lo embellecia y poetizaba su imaginacion. Comparaba la vida tranquila de aquellos sencillos indios, con la agitada que en sus guerras llevaba la Europa; y se lisonjeaba con la utópica idea de poder asociar en el Nuevo-Mundo la civilizacion y las comodidades de los pueblos cultos del viejo continente, con la inalterable paz que, en su concepto, disfrutaban los pueblos de la nueva parte del globo que empezaba á descubrir. Sin embargo, por muy pocas horas le halagó la lisonjera esperanza que acarició en su mente. Algunas cicatrices que notó en el cuerpo y en el rostro de varios indios, llamaron altamente su atencion. Estudioso y escudriñador, les preguntó la causa de ellas, y la contestacion destruyó sus risueñas ilusiones. Aquellas cicatrices eran de heridas recibidas en acciones de guerra, defendiendo el suelo de la isla de las irrupciones de otros indios de las islas próximas, que solian hacer fre-

cuentes desembarcos con objeto de proveerse de cautivos de ambos sexos.

¡La guerra, el mal, la ambicion en todas partes!

Los españoles permanecieron todo el dia en la isla, bajo la agradable sombra de los robustos árboles de un bosque próximo, solazándose con la vista de la naturaleza y descansando de las fatigas del penoso viaje, volviendo, al oscurecer, á sus carabelas.

Colon y sus subordinados habian sabido por los habitantes de la isla, que las delgadas laminas de oro que llevaban colgando de la nariz, como bello adorno, procedian de otro territorio no muy lejano, y se propusieron llegar á él, considerando que seria el punto principal del Nuevo-Mundo, á cuya puerta habian llegado.

Al dia siguiente, antes de hacerse á la vela, la playa se veia llena, literalmente, de indios de todos sexos y edades, conduciendo centenares de loros para cambiarlos por cascabeles, cuentas de vidrio y campanillas. Pronto un número considerable de canoas apretadas de gente, se dirigieron á las tres carabelas, conduciendo las mismas aves, grandes ovillos de hilo de algodón y tortas de cazabe. Los barcos se vieron instantáneamente cubiertos de loros que metian una algarabía insoportable. Colon y la oficialidad, despues de obsequiar á los sencillos indios con insignificantes bujerías que para ellos eran de un precio inestimable, recorrieron la pintoresca costa de la isla hácia el Noroeste. Colon contemplaba el paisaje que se describia á su vista, profunda y dulcemente emocionado. Los indios se presentaban á lo largo del litoral, que recorria, contentos y regocijados, indicándole con demostraciones de amor y

de respeto, que desembarcase y permaneciese entre ellos. Cuando las ligeras carabelas llegaron á pasar por un punto que el almirante se detuvo á examinar si presentaba las condiciones necesarias para convertirlo en puerto, varios indios se arrojaron al agua para llegar, nadando, á bordo de los veleros barcos, y otros se dirigieron en canoas, afanosos de contemplar de cerca á los hombres maravillosos, que en su sencillez deificaban. Colon les recibió con su afabilidad acostumbrada, y les regaló cuentas y cascabeles, que era lo que ardientemente codiciaban, aun mas que por el encanto que les causaba el brillo de los objetos, por juzgarlos como dádivas de seres descendidos del cielo ó salidos de las ondas. Varios manifestaron al almirante vivos deseos de ir en su compañía. Colon admitió á siete, con suma complacencia, halagado por la esperanza de que en breve aprenderian el castellano, y podrian servirle de intérpretes.

Colon sigue descubriendo nuevas islas. Siguiendo la marcha de sus descubrimientos, se acercó el dia 15 á las playas de otra isla de agradable aspecto, que llamó *la Concepcion*; y sin desembarcar en ella, continuó su viaje por espacio de varias horas, por mares tranquilos y serenos.

Pronto una nueva isla, dejando percibir su vegetacion prodigiosa, se presentó á la vista de los navegantes. Su aspecto era risueño y encantador. Colon saltó á tierra para conocerla y examinarla, y sus habitantes recibieron á los españoles con las mismas demostraciones de aprecio con que habian sido recibidos por los demás isleños. Mientras el almirante se extasiaba con la vista de los gigantes árboles que sombreaban la tierra y admiraba la

abundancia de la útil planta del algodón, los marineros se dirigian, con grandes barricas, á un delicioso rio de cristalinas aguas, para llenarlas y conducir las á bordo.

Terminada la operacion y enviados los toneles á bordo de las carabelas, los indios se acercaron á los españoles que se habian puesto á descansar á la sombra de un espeso bosque, deseando cambiar por cuentas de vidrio, cascabeles y campanillas, su algodón, sus pájaros y su cazabe, únicos objetos que poseian, y Colon les obsequió como deseaban. Aunque estos isleños se parecian en todo á los que hasta entonces habian encontrado, sin embargo, manifestaban mayor perspicacia y eran mas industriosos y trabajadores. Sus chozas, hechas de ramas de árboles y cañas, con techos de hojas de palmera, tenian la forma de una tienda de campaña y estaban construidas debajo de frondosos árboles que las defendian de los ardientes rayos del sol de los trópicos. Sus camas eran fuertes redes de algodón, llamadas *hamacas*, atadas de ambos extremos de un lado al otro de la choza, sosteniéndose en el aire á manera de oscilantes columpios. Hombres y mujeres iban completamente desnudos; y solamente algunas de las indias principales, se cubrian de la cintura hasta los muslos con una faja de algodón ó con hojas de árboles.

Colon llamó á esta isla, conocida hoy con el nombre de Exuma, *la Fernandina*, en memoria del rey católico Fernando. Viendo que en ella no existia nada que pidiese por mas tiempo su permanencia, salió el 19 de Octubre con rumbo Sudeste, en busca de otra llamada Saometo por los naturales. Las noticias que los indios le habian dado de la riqueza de esta isla, eran altamente lisonjeras. Sus habi-

tantes, segun las noticias adquiridas, iban cubiertos de exquisitas alhajas de oro y pedrería; el soberano de ella era el mas poderoso y espléndido que se conocia, y habitaba un suntuoso palacio en una hermosa ciudad, que era la corte; los rios llevaban en abundancia granos de oro puro; arroyuelos auríferos cruzaban en distintas direcciones las florestas, y una inagotable mina, tambien de oro, proveia á los príncipes y magnates del brillante metal en todas partes estimado.

La isla Isabela. Ilusiones de Colon. Colon, deseando que se realizasen las esperanzas que habia hecho concebir á los que le seguian, de conducirles á un mundo en que adquiriesen los tesoros ponderados, navegó con direccion al punto designado. La isla, con efecto, se presentó á la vista de los que la buscaban; su aspecto era agradable; su extension mayor que las que hasta entonces se habian descubierto. Colon saltó á tierra y tomó posesion de ella con las formalidades entonces acostumbradas, poniéndola el nombre de *la Isabela*, en honra de la Reina Católica. La vegetacion se manifestaba prodigiosa en sus terrenos vírgenes; pero los auríferos rios, los arroyuelos de pepitas de oro, la inagotable mina y el espléndido rey rodeado de riquezas en su magnífico palacio, no fueron mas que risueñas ilusiones que desaparecieron al examinarla. La realidad era la desnudez de sus habitantes, la incultura de sus campos, la pobreza de sus chozas, y la fatiga y peligros constantes de los expedicionarios.

Sensible le fué á Colon no encontrar en la Isabela ni la mas ligera señal de las maravillas que los indios le habian ponderado. Acaso no era aquella la que habian indicado;

pero cualquiera que fuese á la que se referian, fácil seria que la pintura hecha por los indios excediese en colorido á la realidad, puesto que siendo ellos muy pobres, debian parecerles muy ricos los habitantes de alguna otra isla que tuviesen mas alhajas y mejores habitaciones que ellos.

Aunque pesaroso Colon por aquel incidente, no por esto desmayó en sus esperanzas. Su imaginacion acariciaba la idea de que existia allí cerca la tierra aurífera que buscaba, y lo acontecido no era para él mas que el retardo de algunos dias en dar con ella.

Risueño prisma  
por el cual  
veia Colon las  
islas  
descubiertas.

Tranquilo con la esperanza lisonjera que no le abandonaba un solo instante, Colon se detuvo á contemplar la belleza de la isla, que, en su concepto, superaba en hermosura á cuantas hasta entonces habian descubierto. La descripción que en su diario hacia de los encantos que atesoraba aquella isla, mas parece el cuadro rebosante de colorido de un poeta, que la relacion concienzuda de la pluma de un filósofo. Pinta extensas lagunas de cristalinas aguas, rodeadas de gigantescos árboles y cubiertas por la ancha bóveda que formaban sus verdes ramas, fecundizando la tierra; las jugosas yerbas presentaban el color de la esmeralda, como las de Andalucía en el florido Abril: el canto de los pajaritos era de una dulzura y melodía que el hombre jamás se cansaria de escuchar; los árboles presentaban formas admirables y exhalaban delicioso aroma; y la atmósfera, el clima, el aire y la luz, tenian, segun su diario, encantos indefinibles. Todo lo poetizaba la imaginacion entusiasta de Colon. Veia el mundo descubierto, como creacion suya; y se sentia maravillado ante las feraces

islas que concibió su mente y cuya existencia palpaba. Para él los árboles despedian, realmente, dulce fragancia, que creia aspirar en su entusiasmo; el clima abrasador, lo sentia blando, dulce y suave; y el sol quemante de los trópicos, que tostaba su rostro, no hacia mas que templar la atmósfera en el benigno invierno.

No debe sorprender que todo apareciese bello ante los ojos del ilustre navegante. Era un nuevo mundo que agregaba al antiguo, y cuyo descubrimiento, debido á su ciencia y su constancia, le colocaba por encima de todos los hombres. La aureola conquistada por su talento era inmarcesible; y su nombre duraria lleno de gloria, mientras durasen los siglos. Aquella era su obra; y la contemplacion de ella debia extasiarle, no viendo en ella mas que bellezas y maravillas.

Despues de haber permanecido algunos dias navegando al rededor de la Isabela, con objeto de ver si descubria algo que le indicase la existencia de la gran ciudad y del fastuoso rey de que habia oido hablar, se dirigió hácia otra isla, de la cual los indios le habian hablado favorablemente. El nombre de esa isla era Cuba, y los habitantes de la Isabela le dieron á entender que en ella abundaban el oro y las perlas; que era rica en especería, y no menos en piedras preciosas. Reanimadas sus esperanzas con las noticias adquiridas, navegó con rumbo al punto deseado. Despues de haber navegado tres dias tocando en un grupo de islitas conocidas hoy con el nombre de Mucaras, que él denominó islas de arena, y de haber atravesado el banco y canal de Bahama, se presentó á su vista, en la mañana del 28 de Octubre, la isla de Cuba.

Descubrimiento de la isla de Cuba. Colon toma posesion de ella. Admirado de la extension que tenia, saltó á tierra, y tomó posesion de ella, poniéndole el nombre de *Juana*, en memoria del príncipe D. Juan, heredero de la corona de Castilla. El punto en que desembarcó, se llamó despues Baracoa, tomando este nombre de un cabo que se encuentra á la entrada hácia el Este. Colon, ignorando si el sitio de que acababa de tomar posesion era isla ó continente, envió á varios españoles, en union de un indio de Cuba y otros de San Salvador, á que reconociesen el interior del país. Los mensajeros emprendieron su marcha, admirando la belleza y fertilidad de la campiña. Varias, aunque cortas poblaciones, la mayor de ellas de cincuenta chozas, semiocultas entre los cocoteros y platanales, fueron encontradas en el camino. Los habitantes iban enteramente desnudos, excepto algunas mujeres de calidad que se cubrian con una tela de algodón desde la cintura á los muslos. Aunque al principio huyeron de los españoles, despues se acercaban á ellos, besándoles los piés, juzgándoles seres celestiales; les regalaron algunas frutas, raíces asadas, que hoy son conocidas con el nombre de *buniato*, semejante en el sabor á la castaña; un líquido hecho de maíz, llamado atole, y frutas y pan de cazabe. La mayor parte de estos indios de Cuba, nombre que ha prevalecido al de *Juana*, puesto por Colon, llevaban en una mano un tizon encendido, y en la otra un rollo largo de hojas, en forma de cañuto, y aplicando la lumbre á uno de los extremos, lo chupaban por el otro, arrojando luego bocanadas de humo. Era la vez primera que los españoles veian aquella costumbre. Las hojas eran de la planta del

Origen de la costumbre de fumar

tabaco que allí se daba en abundancia y que hoy forma uno de sus principales artículos de riqueza.

Los castellanos, deseando conocer el goce que podia proporcionar aquella costumbre, imitaron á los indios; y adoptada, á poco, por ellos, se extendió por la Europa entera con rapidez asombrosa, siendo actualmente general en todo el mundo el caprichoso entretenimiento de fumar. Los mensajeros se internaron veinte leguas, examinando las feraces campiñas en que se cultivaba el algodón, el maíz, el pimiento, la batata y algunas legumbres. Todo revelaba que los habitantes de Cuba eran superiores en cultura á los de las otras islas. Sus cabañas presentaban mejor aspecto, mas orden y mayor aseo: el tejido de sus *hamacas* ó camas colgantes y sus redes de pescar eran mas perfectas; y hasta en la construccion de sus canoas mostraban mas gusto y perfeccion. Los mensajeros volvieron, y ponderaron á Colon la belleza del país, su capacidad, su admirable vegetacion, la docilidad de sus habitantes, la abundancia de algodón, de maíz, de plantas y de yerbas medicinales; pero con respecto á la grandiosa ciudad habitada por un poderoso rey, á las inagotables minas de oro, á la abundancia de perlas y á la ponderada especería que anhelaba encontrar, nada existia.

Triste quedó Colon al mirar desvanecida otra vez la bella ilusion que le conducia de isla en isla, buscando las auríferas regiones descritas por Marco Polo; pero aquella tristeza fué instantánea. La ilusion volvió á presentarse á su mente, sonriendo benévola, con los seductores y brillantes colores con que se presentó la vez primera, tomando formas pronunciadas de bienhechora realidad. Colon